

El pintor Paul Gauguin, que encontró su paraíso en Tahití.

## (III) Las islas de la aventura: Tahití

# EL PARAISO DE PAUL GAUGUIN

Vestido como un «beat» de nuestro tiempo, con dos mandolinas y una guitarra, Paul Gauguin desembarcó en Tahití en junio de 1891. Sus cuadros, expuestos en los principales museos del mundo, valen hoy millones. Cuando Gauguin vivía ni siquiera pudo pagar sus deudas con ellos.

Por FEDERICO PATELLANI



**P**AUL Gauguin, ex empleado de banco y "pintor dominguero", cumplía 43 años cuando el carguero en el que viajaba, llamado el "Viro", avistó la primera de las islas de la Polinesia francesa el 7 de junio de 1891. Dos días después, Gauguin desembarcaba en el muelle de Tahití, rodeado de la curiosidad irónica de los indígenas y de los pocos compatriotas residentes, más sorprendidos por su aspecto que por el hecho de que hubiese llegado hasta allí —como supieron en seguida— en "misión oficial" (encargo, por otra parte, sin ninguna consistencia real, y que le había servido sólo para que se le hiciese un descuento en el precio del billete, de segunda clase...). Gauguin se parecía a uno de esos "beats" que vemos hoy en día por las calles de cualquier ciudad del mundo: pelo largo, traje de terciopelo marrón, zapatos rojos, sombrero de anchas alas. Y su equipaje, voluminoso pero de escaso valor, comprendía telas, colores, algún libro, un fusil, un cuerno francés, dos mandolinas y una guitarra.

Había dejado en Francia una mujer, una danesa llamada Mette Dag, cinco hijos y un pasado de incompreensión y amarguras. Nacido en París en 1848, su infancia la había pasado en América del Sur, en Lima (su madre, Aline, descendía de un virrey del Perú).

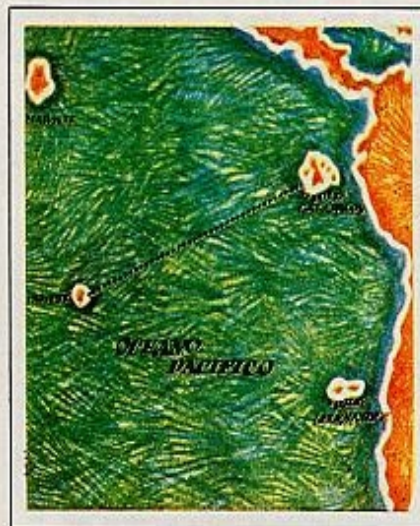
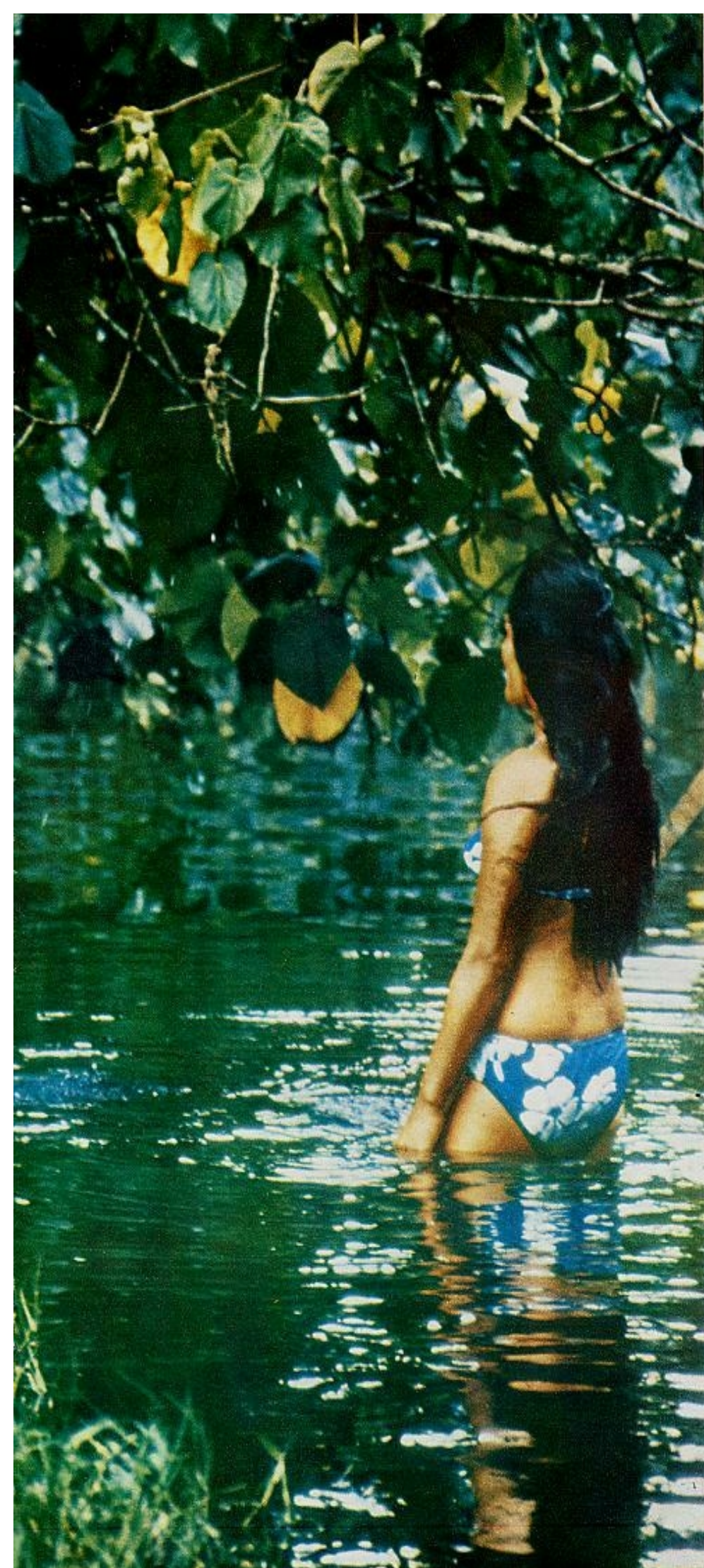
A los diecisiete años, interrumpidos sus estudios, Gauguin se embarcó como grumete en un mercante. Seis años fueron los que pasó en el mar; luego encontró trabajo en un banco parisino y se casó. Al mismo tiempo descubrió la pintura y se dedicó a ella como simple aficionado. En 1883 se produjo su primera fuga: Normandía y Dinamarca; luego vinieron otras: una breve estancia en Martinica y una etapa de vagabundeo por Bretaña. Por aquel entonces se puso a pintar furiosamente, fundando una nueva corriente pictórica, el sintetismo, muy discutido entre los críticos, pero muy poco popular entre el gran público. Ahogado en deudas, Gauguin empezó a soñar con trasladarse a los mares del Sur para allí vivir de sol, de caza y de pesca. En su diario leemos: "Por mi parte estoy decidido. Saldré pronto para Tahití, donde es posible vivir sin dinero. Estoy dispuesto a olvidar mi pasado miserable, a pintar libremente, como me gusta, sin pensamientos de gloria, para finalmente vivir olvidado de todos los que me conocen en Europa".

En 1891 consiguió ver su sueño convertido en realidad, pero para ello tuvo que humillarse llamando a la puerta de una serie de burócratas, que le proporcionaron por fin el billete a precio reducido. Sin embargo, una vez llegado a su meta, comprobó que la realidad era muy distinta de lo que había soñado. Ya hacía tiempo que Tahití

había dejado de ser el paraíso de Melville. La civilización había llevado allí ron y corrupción política, pero sobre todo el "sentido del dinero". Gauguin se dio pronto cuenta de que también allí había que pagar por todo, hasta por casarse con una "vahiné", y que para comer mal "a la francesa" en cualquier restaurantucho le hacían falta 150 francos al mes. Había esperado encontrarse con el rey de Tahití, Pomaré V, para elegirlo mecenas suyo, pero el soberano, minado por la cirrosis hepática, murió al día siguiente de su llegada.

A pesar de esta y otras desilusiones, a pesar de la hostilidad de casi todos sus compatriotas, a los que no les gustaba el estilo tan primitivo de sus cuadros ni su anticonvencional vida privada, el pintor permaneció en Tahití hasta 1898 y, tras un breve viaje a París, en 1895, regresó a la isla para abandonarla definitivamente en 1901, cuando decidió buscar algún lugar de "auténticos caníbales", y eligió Atuana, que resultó ser el pueblo más civilizado de las islas Marquesas, donde se extinguó.

Es leyenda que Gauguin, cuando no estaba pintando voluptuosas "vahínés", pasaba los días en los mares del Sur, sin preocupación alguna, como si se encontrase en un "Chez Maxim's" natural, rodeado de ajeno, mujeres y cantos, como el conde Danilo de "La viuda alegre". La verdad es que el pintor tuvo muchas y joven-



*Itinerario directo desde la isla de los Galápagos a Tahití, en el Océano Pacífico.*

císimas esposas indígenas, al igual que los demás residentes, pero que siempre estuvo ahogado de deudas, teniendo incluso que colocarse en el departamento de obras públicas de Papeete por 150 francos al mes; también publicó una serie de artículos polémicos en el modesto periódico de unos politicastos locales.

Enfermo, pero no de lepra, como dejó creer W. S. Maugham en la biografía novelada que lleva el título de "Soberbia", en sus últimos años, para poder circular sin que se le cansasen las piernas, mandó que le construyesen una calea. Y la "civilización" le alcanzó incluso en su calidad de único propietario de un vehículo de todas las Marquesas.

Uno de sus enemigos —tenía muchos a causa de sus escritos y de su conducta— quiso procesarlo "por haber circulado sin luz en la calea una tarde después de ponerse el sol".

Hombre religioso, a su manera, no estaba, sin embargo, bien visto por los misioneros, ya fueran católicos o protestantes; pero para impresionar favorablemente al obispo que tenía que venderle cierto terreno sobre el que quería construir su casa-cabaña de Atuana, acudió durante un mes todos los días a misa.

Murió el 8 de mayo de 1903, aturdido por la morfina que se había estado inyectando para calmar los dolores. Algunos aseguran que en su cabello, aún fresco, había un paisaje bretón, blanco de nieve. Singular contrapunto para quien habla buscado y encontrado las raíces de su propio arte en las islas de los mares del Sur. Es verdad que, en una de las paredes de su estudio, junto con otras imágenes por cierto no muy ortodoxas, estaba colgada la fotografía de su mujer Mette y de sus cinco hijos.

El hijo de un indígena que ocupó la casa de Gauguin después de la muerte de éste, recuerda que su padre le ordenó que quemara todos los dibujos y grabados en madera del extranjero, y el funcionario colonial Picquenot anotaba en cierto informe: "He pedido a todos los acreedores del difunto que me envíen nota acompañada de copia de sus créditos; estoy convencido, sin embargo, que el debe supera, en mucho, al haber, ya que sus cuadros se venderán muy difícilmente".

Hoy en día, sus lienzos, expuestos en los principales museos del mundo, desde el Louvre al Hermitage, de Leningrado, valen millones. ■

*No he visto adolescentes refrescándose al pie de una cascada, pero sí muchachas bañándose en los remansos que los ríos forman junto a la desembocadura. Todo el mundo sabe que los isleños siempre han preferido bañarse en las aguas frescas y dulces de los ríos. Pero la "vahiné" 1967 hace honor a la moda y lleva un florido bikini.*

**sigue**

# LAS ISLAS DE LA AVENTURA

## SORPRENDENTE PASEO POR EL BOSQUE

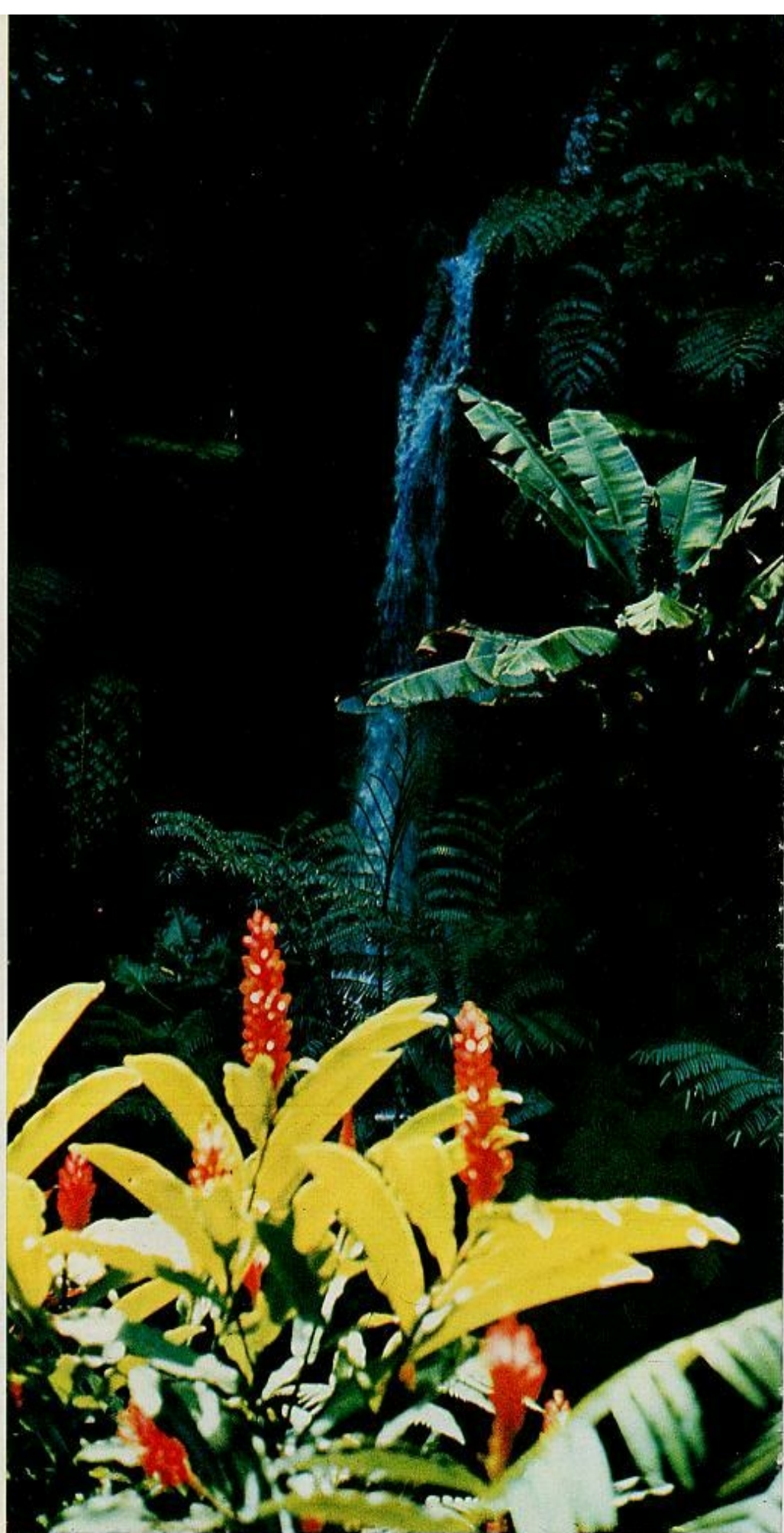
Durante dos horas he podido costear el torrente Punaru. Luego no he tenido más remedio que vadearlo. Las laderas del monte aparecen ahora cortadas más a pique, reflejando hasta la mitad del agua los enormes bloques de roca. Decido seguir por el agua, que ora me llega a las rodillas, ora a la espalda. El sol apenas si se ve, situado como está ahora entre dos altísimas murallas. Y en el cielo de un azul ardiente, a pesar de ser aún de día, ya se vislumbran algunas estrellas. Hacia las cinco de la tarde, aún no sé dónde pernoctar; sin embargo, a la derecha veo una especie de explanada con rocas, plátanos silvestres y burao. Afortunadamente, encuentro algún plátano maduro. Hago precipitadamente un pequeño fuego y decido quedarme aquí. Luego me tumbo, bien que mal, al pie de un árbol, entre cuyas ramas he entrelazado hojas de plátano, para que me sirvan de eventual protección contra la lluvia. Hace frío y sigo tiritando, aunque ya no estoy en el agua. Duermo mal. Por miedo a que se acerque algún jabalí me ato a la muñeca la cuerda del hacha. La noche es oscura. No se distingue más que una especie de fosforescencia cerca de mi cabeza que me preocupa. Sonríe: pienso en lo que me han dicho los maoris del "Tupaupau", el espíritu maligno, despierto de noche para atormentar a todo el que duerme. Vive en el corazón de la montaña que el bosque envuelve en tinieblas. Allí se multiplica, uniéndose a él las almas de los muertos. Desgraciados los que se aventuran en los dominios de los espíritus. Imprudentes como yo.

Por la mañana me pongo de nuevo en camino. El río estrecha su curso, cada vez más accidentado, primero riachuelo, después torrente, y a menudo me falta el sendero: accidentado como está el terreno, me sirvo también de las manos para avanzar, asiéndome de las ramas de los árboles.

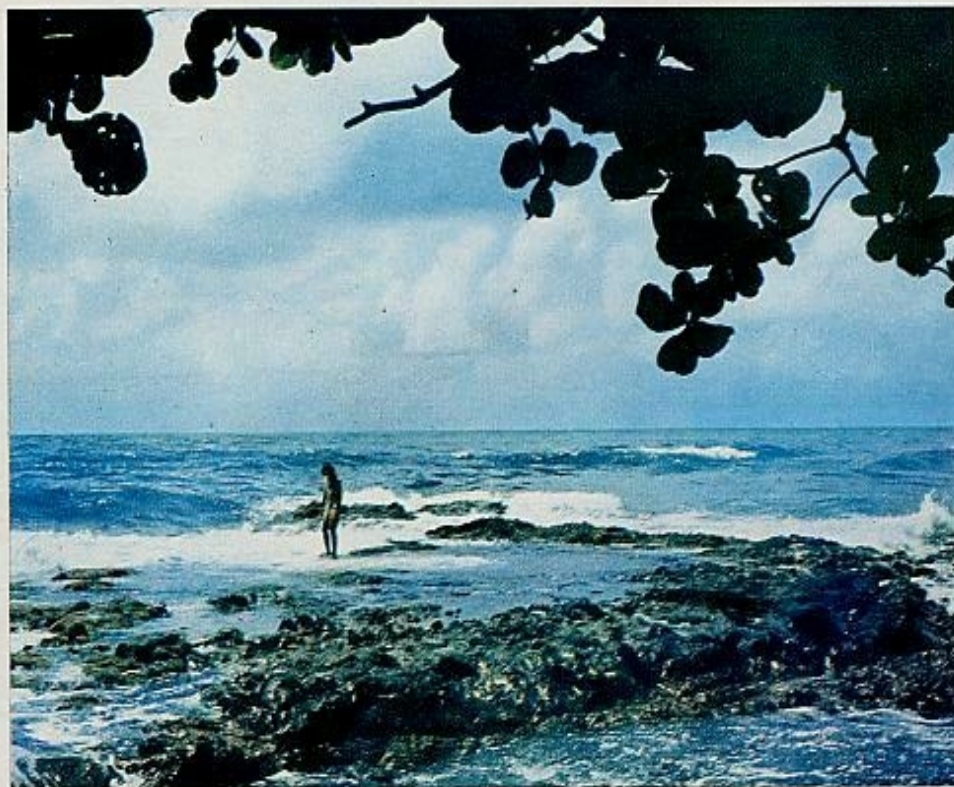
Desde el fondo del agua, me miran fijamente extraños cangrejos: ¿Qué haces aquí?, parecen preguntarme; por el contrario, las anguilas huyen en cuanto me acerco. De repente, aparece desnuda una adolescente, erguida contra la pared de la roca, que acaricia casi con sus manos. Llega a un manantial que nace muy alto, entre las piedras. Luego (no he hecho apenas ruido), tímido antilope que con su instinto presente al extranjero, mira atentamente hacia donde yo estoy escondido. Nuestras miradas no se cruzan. Pero ella, apenas me ve, da un grito: "I-Ta-ehae!" (¡feroz!) y se tira de cabeza al río.

Miro hacia el agua pero nada veo... sólo una enorme anguila serpenteante entre los pequeños guijarros del fondo.

(Del diario de Paul Gauguin)

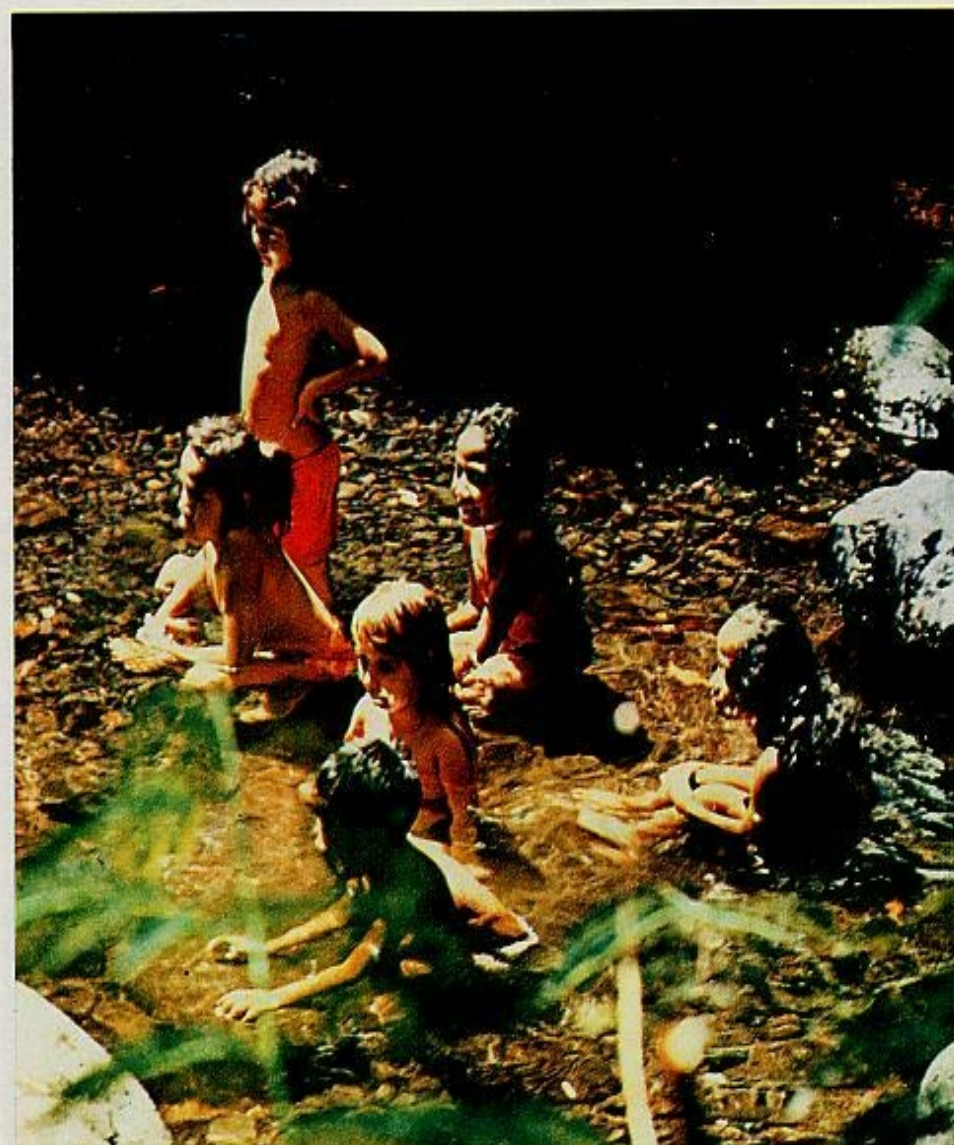


Acompañado por los extractos de las memorias de Gauguin, héme aquí en las Islas en las que Gauguin vivió su aventura. Gauguin fue uno de los héroes de mi juventud, y me alegró de que Tahiti no haya cambiado apenas desde entonces. Las aguas de la secreta cascada de Vaipahi cantan el mismo cántico secreto de entonces, el perfume de la atmósfera es también idéntico.



*¿Por qué prefieren los tahitianos bañarse en los ríos a bañarse en su espléndido mar? La razón es bien sencilla. Es peligroso adentrarse en el mar porque más allá de la barrera coralífera puede haber tiburones.*

*Las aguas cercanas a la playa son, por el contrario, muy templadas. Los turistas, que van a Tahití en busca de sol y calor, o atraídos por la pesca submarina, no podrán nunca olvidar estos mares.*



## CUANDO MURIO EL REY POMARE

Cada vez que un rey muere, en ciertas vertientes los montes se cubren de oscuras manchas hacia el ocaso. ... Llega el día de la sepultura. Por las calles, los franceses dan el tono con su total indiferencia y este pueblo, tan grave en los últimos días, vuelve a reír. Las muchachas se agarran del brazo de los hombres y se pasean por las calles culeantes y descalzas. Luego, todos se encaminan hacia las orillas de Fautaua. Entre los guijarros, acá y allá, las mujeres se acuclillan en el agua, remangados los vestidos hasta la cintura, para refrescar las caderas y las piernas irritadas por el calor y el polvo del camino. Así purificadas, emprenden —pecho al frente— camino de regreso a Papeete. Bajo los vestidos de muselina, los pechos de las muchachas cobran vida como jóvenes animales sanos. Y emanan un perfume, al mismo tiempo animal y vegetal, perfume de sangre y perfume de gardenias, las que llevan en el pelo —los nativos las llaman "teine merahi noanca"—, ahora muy olorosas. Y todo sigue como antes. Sólo que hay un rey menos. Y con él desaparecen los últimos vestigios de la antigua grandeza.

"La orana, Gauguin". Es la princesa que entra en mi habitación, y yo en mi cama, solamente con un pareo. Qué postura tan poco noble para recibir a alguien tan noble. "Estás enfermo —me dice—, vengo a verte". "¿Cómo te llamas?". "Vaitua". Es una auténtica princesa; si es que aún queda alguna, ahora que los europeos han reducido todo a su nivel. Viene descalza, con una flor en la oreja y vestida de negro. Lleva luto por su tío Pomaré, el rey muerto recientemente. Su padre, Tamatoa, al margen del contacto europeo y de su grado de almirante, no ha querido ser más que un real maorí, temble en sus iras, gran minotauro en sus orgías.

Se dice que Vaitua se parece a él mucho. Como uno de tantos europeos de casco blanco desembarcados en la isla, miro con cierta ironía a esta princesa en el ocaso, pero intento ser cortés: "Has sido muy amable viniendo, bebamos juntos un poco de ajeno". Y con el dedo le señalo una botella que acabo de comprar para mis eventuales invitados.

Con tal de que no venga a sentarse aquí a la cama: está tan vieja que no aguantaría el peso de dos personas. Pero ocurre como me temía; la princesa se sienta a mi lado. Sin embargo, hay suerte y la cama resiste.

Nos conocemos bebiendo. Se habla poco y el silencio me inquieta. Nos miramos. Pero la botella se vacía rápidamente. Vaitua sabe beber... Lía un cigarrillo tahitiano, luego se tiende en la cama.

"Creo que he bebido demasiado, me voy", dice.

*(Del diario de Paul Gauguin)*

*Del centro de Papeete sale una carretera que sube hacia el valle del Fautaua.*

*En el lugar descrito por Gauguin, un grupo de niños estaba bañándose en un metro de agua. Aquí existía una piscina natural, hoy desaparecida a consecuencia de una presa que se ha construido algo más arriba.*

*Las paredes rocosas siguen conservando, en lo alto, los escalones ahora absurdos, por los que antes bajaba el agua. sigue*

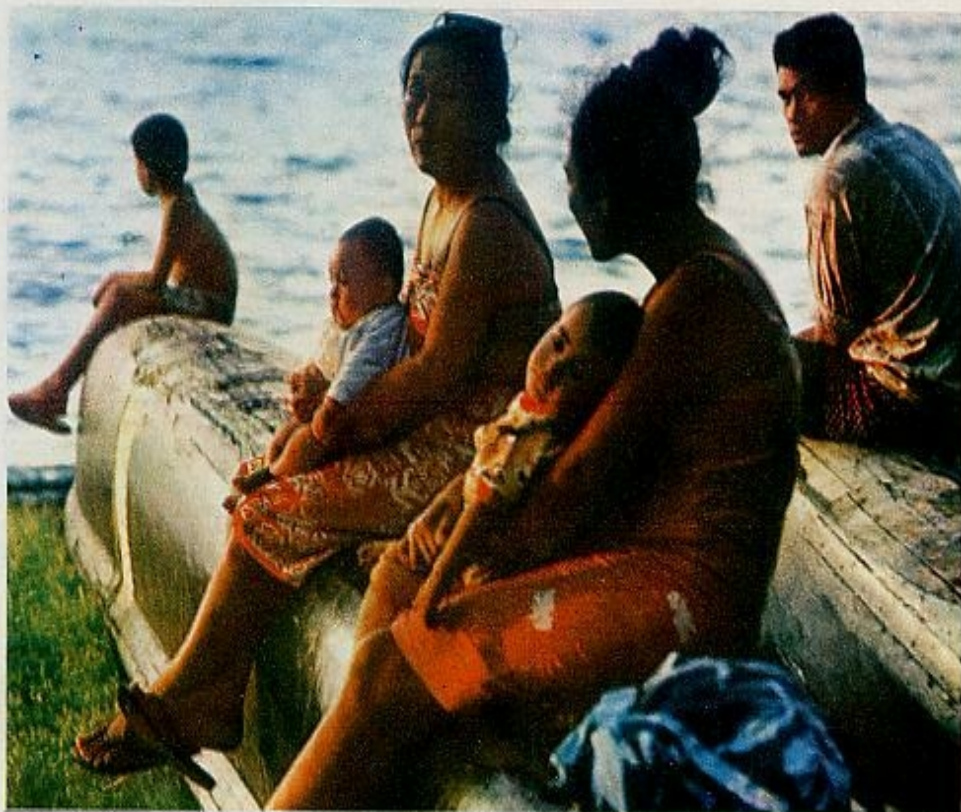
# LAS ISLAS DE LA AVENTURA

## ¿QUIEN DE LOS DOS ES EL SALVAJE?

Estoy en Mataieú. Me he ido de Paapeete. A un lado, el mar; al otro, la montaña partida en dos; una enorme hendidura cubierta de mango. Entre la montaña y el mar, mi casa de madera "burao" y, junto a ella, otra pequeña. "Faré amú" (casa de comidas)... Es por la mañana. En el mar veo una piragua, en la piragua, una mujer. En la orilla, medio desnudo, un hombre, y al lado un cocotero, como un inmenso papagayo de cola dorada y en las uñas un gran racimo de cocos. El hombre levanta con ambas manos y gesto armonioso y ligero una pesada hacha que relampaguea en el cielo argentino y hiere el árbol caldo en el que, en un momento de llama, revive el calor almacenado día tras día y siglo tras siglo. Sobre el suelo rojizo, anchas hojas serpentina de un amarillo metálico que recuerdan escrituras de una lejana lengua oriental, y parecen decir aquellas primeras palabras de Oceanía (Atua Dio, Taata o Takato, que desde la India se han difundido en todas las religiones): "A los ojos de Tathagata, lo más espléndido de cuanto poseen reyes y jefes no es más que espumas y polvo. A sus ojos, pureza y pecado son como la danza de los seis «naga». A sus ojos, la búsqueda del camino de Buda es semejante a las flores". En la piragua, la mujer recoge las redes... Los gestos, tan expresivos, traducen las palabras: el vecino me invita a cenar. No puedo aceptar. Rechazo la invitación con un gesto de la cabeza. Al instante, sin una palabra, una muchacha deposita a mi lado algunos alimentos rodeados de hojas frescas y se aleja. Tengo hambre y acepto en silencio. Algo más tarde, pasa el hombre por delante de mi puerta pero no se detiene; sólo sonríe y me dice una sola palabra: "¿Paieú?". Adivino lo que significa: "¿Estás satisfecho?". Ya voy entendiendo su auténtica gracia. Esta pequeña cabeza morena de ojos serenos que asoma entre las hojas, este muchacho que te estudia detenidamente, pero que huye tan pronto como vuestras miradas se encuentran. Como él lo es para mí, yo soy también un extraño para él, un desconocido que ignora lengua y costumbres. Al igual que él lo es para mí, yo soy para él un "salvaje". Y quizá sea yo y no él el que esté equivocado.

He empezado a trabajar: bocetos y notas de todo tipo. Pero el paisaje me deslumbra con sus colores francos y ardientes. Una vez, abrumado de dudas, estuve dando vueltas y vueltas desde las doce hasta las dos; buscaba algo... Y, sin embargo, todo es tan simple: pintar lo que veo, traducir sobre el lienzo un azul, un rojo. En los ríos me fascinan ciertas formas doradas; ¿seguiré dudando si aprehender esta felicidad única?

(Del diario de Paul Gauguin)



Sentadas sobre piraguas invertidas a la orilla del Pacífico, y con sus hijos en el regazo, dos mujeres de Tahiti observan la puesta del sol. Sus rostros reflejan la luz del ocaso en la que, como dice Gauguin, se destacan, poderosas, las montañas de Mocereca, negras sobre un cielo de incendio, como antiguos castillos almenados, y la cumbre, recubierta de una gran nube como un penacho, parece totalmente una enorme cimera.



## LAS ISLAS DE LA AVENTURA

### CUANTO MAS AVANZO MAS BAJO CAIGO

He tomado una decisión: construirme, en pleno campo, una gran casa tahitiana. Está magníficamente situada, a la sombra, junto a la carretera y con una espléndida vista de la montaña. Imaginaos una gran jaula, con barrotes de caña, con un techo de hojas de cocotero, dividida en dos partes por las cortinas de mi viejo estudio. Una hace de alcoba, y como quiero que esté siempre muy fresca, no dejo que entre apenas luz. La otra, que sirve de estudio, tiene arriba una gran ventana. En el suelo hay esteras y una vieja alfombra persa; y por todas partes cuelgan dibujos y muñecos. Como veréis, por ahora no puedo quejarme. Todas las noches invaden mi casa muchachas endiabladas.

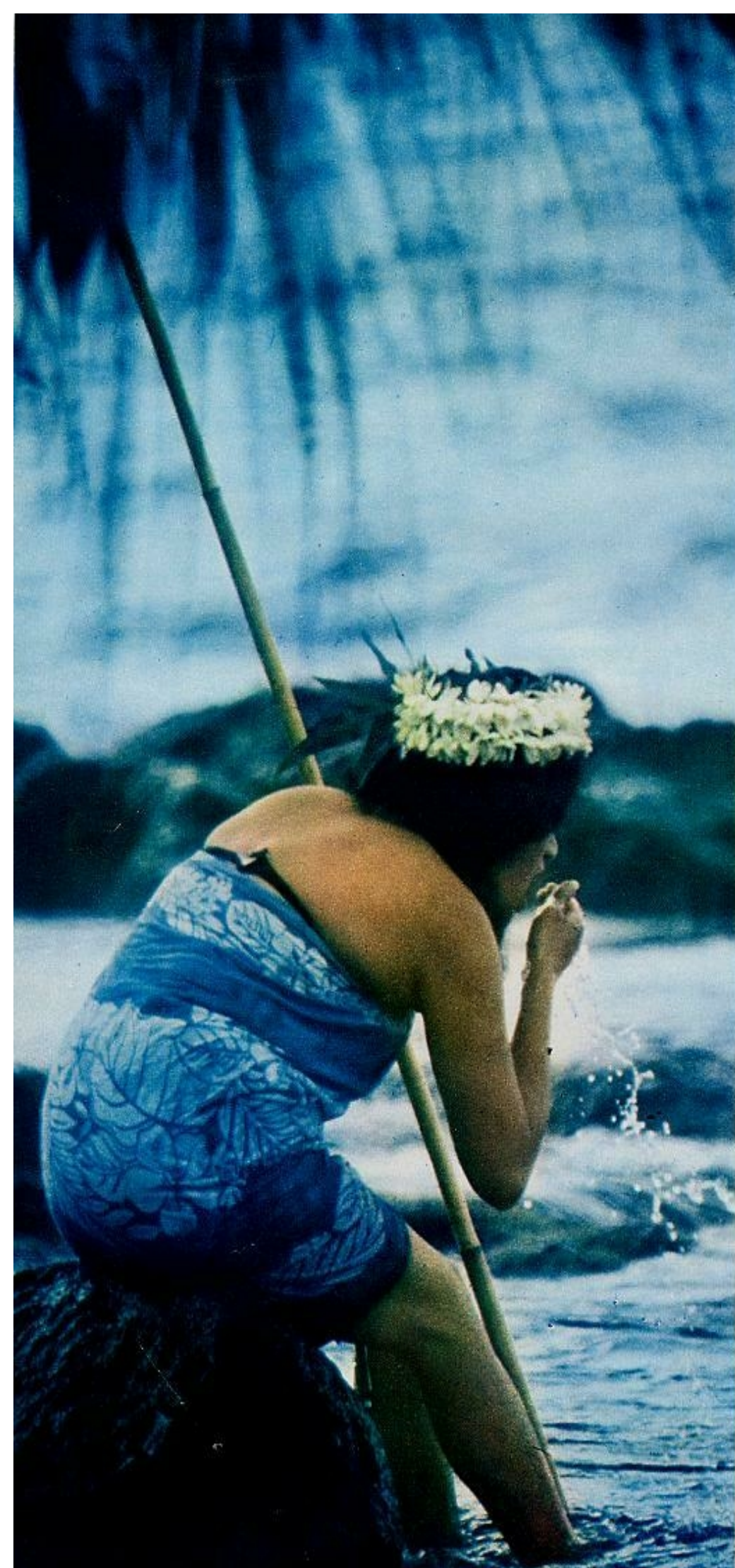
Ayer tenía tres a mi disposición. Tengo que terminar con esta vida de desenfreno y tomar a una muchacha. Sólo así podré dedicarme al trabajo, ahora que me siento mucho más inspirado que antes. La muchacha con la que yo vivía antes se ha casado mientras yo no estaba aquí; pero a pesar de la escapada de ocho días que hizo, no puede seguir viviendo conmigo...

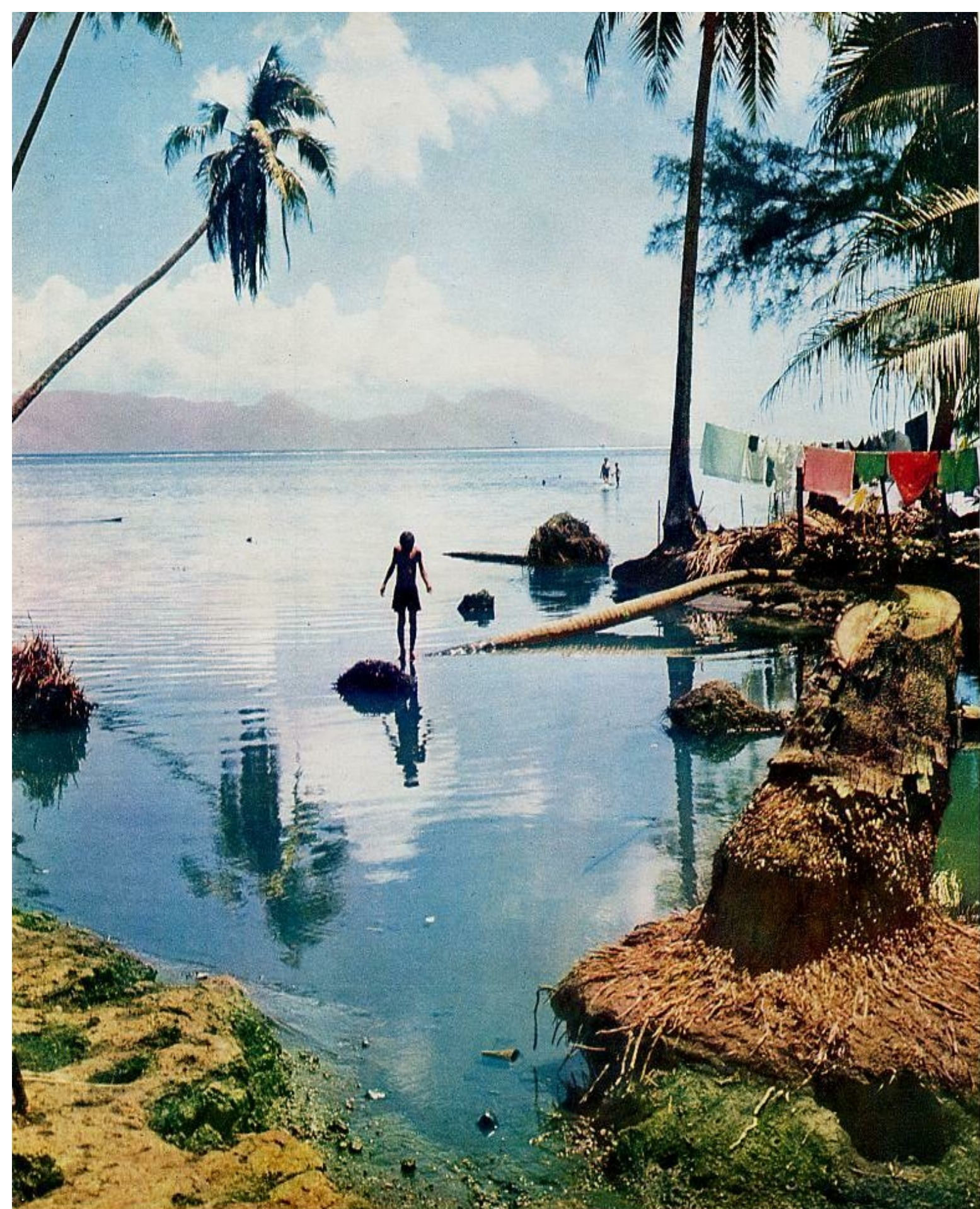
He agotado no sólo mis recursos, sino también todas mis energías. Todo acaba por consumirse y en estos momentos flaquea hasta mi voluntad: desde que llegué, mi estado de salud no ha dejado de empeorar. El pie enfermo me hace sufrir bastante: tengo dos llagas que el médico no sabe curar; en los países cálidos es difícil. Debéis admitir que mi destino es bastante cruel. Me he aplicado con todas mis fuerzas y he salido derrotado. Durante toda mi vida me han perseguido enemigos y desgracias. Cuanto más avanzo, más bajo caigo. Para terminar, después de todos los esfuerzos realizados, ya no me queda ninguno por hacer que no sea infructuoso...

Si, parece que voy mejor y aprovecho para trabajar en serio. Ahora me dedico a la escultura... y las figuras que hago las coloco por el prado. Tierra recubierta de cera. Primero, un desnudo femenino; luego, un león, de una soberbia fantasía, que juega con su cachorro. Los indígenas que no conocen ninguna de estas fieras, se quedan atónitos mirándolas. Y lo mismo digo del cura, que ha hecho todo lo posible para que quitase el desnudo. Las autoridades se han reído en sus barbas, y yo le he mandado al diablo; ¡ay!, si tuviese al menos lo que se me debe, cuánto más tranquila y feliz sería mi vida. Seré pronto padre de un mestizo: mi muchacha se ha decidido a darlo a luz.

*(Del diario de Paul Gauguin)*

*Es por la tarde, una muchacha está sentada en una roca a la orilla del mar, refrescándose la cara con agua. Lleva en la cabeza la tradicional corona de flores. Normalmente son los hombres los que ofrecen la corona de flores a sus novias, pero no hay mujer sola que se prive de ese adorno. Ahora bien, ¿existen mujeres solas entre las felices muchachas nacidas en esta isla?*



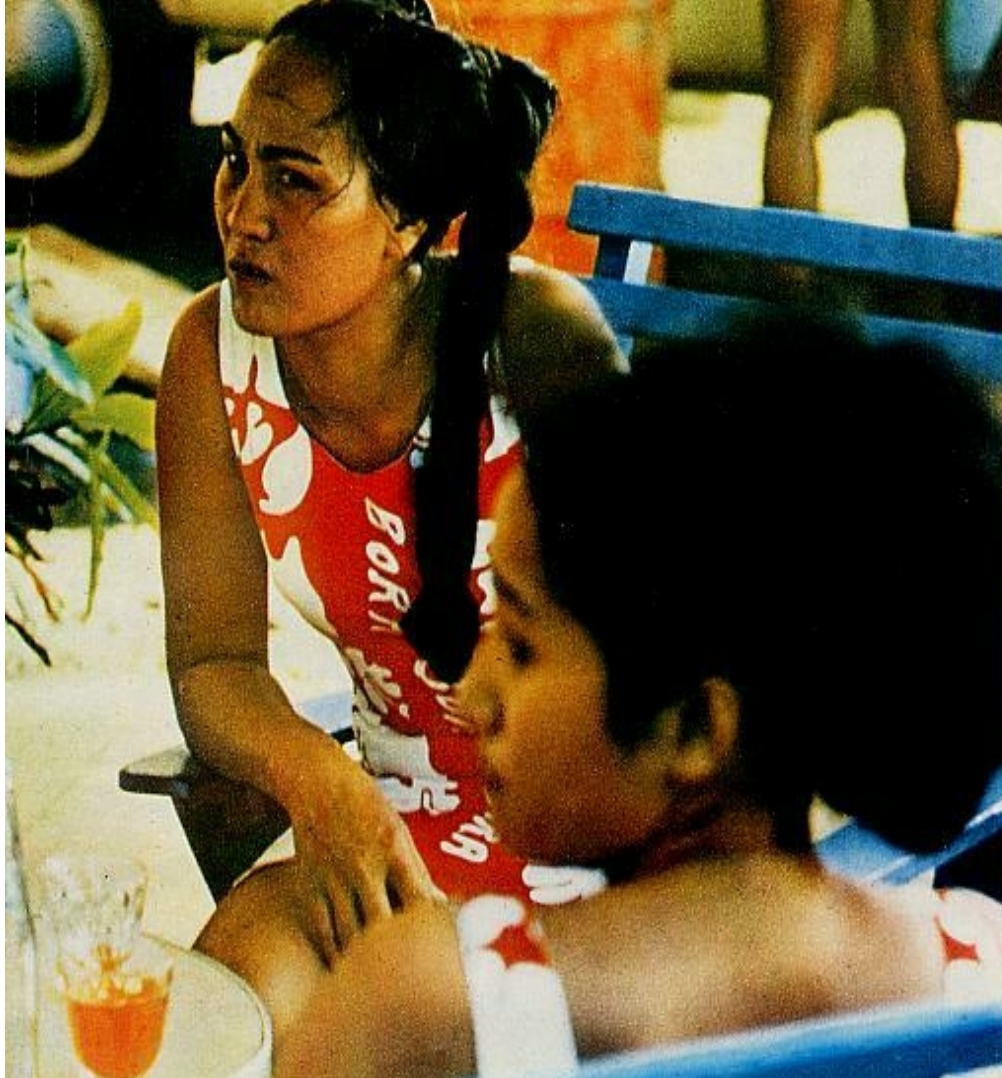


Este hombre de más de setenta años se llama Emile Gauguin, es hijo del gran pintor, y le ha dado once nietos póstumos, seis hembras y cinco varones.

Después de una vida de ocio, durante la cual conoció más de una de las cárceles locales, Emile Gauguin intentó dedicarse a la pintura, pero con escasos resultados. Gana más pidiendo mil francos del Pacífico por dejarse fotografiar.

Basta con alejarse unos pocos kilómetros de Papeete, que ha cambiado bastante desde la época de Gauguin, para volver a encontrar la naturaleza en la que el pintor creyó poder olvidar todas sus amarguras. Aquí nos encontramos a menos de veinte kilómetros al Sudeste de Papeete, poco antes de llegar a Paœa, donde el río Orofers desemboca en un mar extraordinariamente tranquilo debido a la protección de la barrera coralífera.

**sigue**



Y, para terminar nuestro viaje, he aquí unas mujeres de Tahití tal y como las vio Gauguin, en los colores y el ambiente que hemos ilustrado. El cuadro lleva el título de "... Y el oro de sus cuerpos". El pintor acababa de regresar de París y pensaba establecerse definitivamente en Tahití. El año siguiente, el de 1897, está considerado como el período de las obras maestras del gran pintor francés.



"Vahinés", es decir, mujeres, en el café Vaima, de Papeete. No llevan en el pelo la flor de malvasisco, pero ya pronto se pondrá el sol y, según es costumbre, vendrán las muchachas que venden flores, y no habrá ni una sola mujer dispuesta a enfrentarse a la tarde y al amor.

## ESTAS SON LAS MUJERES DE TAHITI

Intento esbozar su retrato, quisiera plasmar, sobre todo, esa sonrisa ambigua. Hace un gesto desagradable y dice contrariada: "Aita" (no) y se marcha. Una hora más tarde está otra vez conmigo; lleva puesta una hermosa túnica y tiene una flor sobre la oreja. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que vuelve? ¿Un juego de coquetería, el placer de ceder después de haber negado? ¿O el gusto de lo prohibido? ¿O quizá sólo el capricho, sin motivo alguno, el capricho puro y simple, tan característico de todos ellos?

Comprendo que, como pintor, tendré que atenerme a la vida interior del modelo: una táctica urgente, casi posesión física, para lograr un resultado decisivo... Trabajo de prisa —de prisa y con calor—. Pongo en este retrato todo lo que el ánimo ha dejado ver a los ojos y sobre todo, pienso, lo que los ojos solos no hubiesen visto nunca, este fuego íntimo, intenso...

Los rasgos elevados de la frente, tan noble, me recuerdan aquella frase de Poe: "No hay belleza pura sin un algo extraño en las proporciones". Y la flor que lleva en la oreja escucha su perfume.

—¿A dónde vas? —me pregunta una bella maorí de mediana edad.

—A Itia.

—¿A qué?

No sé cómo, inconscientemente, confieso el verdadero motivo del viaje, para mí mismo desconocido. "A buscar una mujer", contesto.

—Itia tiene muchas y hermosas, ¿quieres una?

—Sí.

—Si quieres te la doy...

—¿Es joven?

—Sí.

—¿Y guapa?

—Sí.

—Está bien, tráemela.

Un cuarto de hora después, mientras se prepara el manjar maorí, plátanos silvestres, cangrejos y un pez, la mujer entra seguida de una joven muchacha con un paquete en la mano. La túnica de muselina roja, muy transparente, deja al descubierto unos hombros y unos brazos de hermosa piel dorada. Y los pechos despuntan con fuerza... Mi muchacha habla poco, es melancólica o divertida. Nos hemos estudiado uno al otro durante unos minutos, pero ha estado tan cerrada que he tenido que ser yo el que escogiese. Me he propuesto tener cuidado, dominarme para ver claro, pero no he podido controlar mis nervios: muy pronto he sido para Tehura un libro abierto. Ahora ya sé por propia experiencia cuán diferente es esta naturaleza de la latina y, en especial, de la francesa. El alma del maorí no es algo que se descubra en seguida. Al principio se te escapa y te desconcierta de mil maneras.

(Del diario de Paul Gauguin)

Reportaje MONDIAL PRESS

PROXIMO NUMERO (IV)  
SAMOA